

Toda la correspondencia al Director

Telefono 1113

Núm. 3

Oficinas: San Agustín, 10.—Madrid

26 Junio, 1898

Un periódico PARA EL PÚBLICO, sin compromisos con ningún partido, sin apoyo ni protección declarada á cuenta de nadie, sin espíritu de escuela determinada. Un semanario independiente, una tribuna en la que quepan todas las ideas y todas las opiniones en interés de los lectores, que serán colaboradores nuestros cuando quieran enviarnos algo que al público le interese. Eso es el periódico VIDA NUEVA.

Las diferentes opiniones políticas, posiciones sociales y puntos de vista de sus redactores, son garantía de que cada cual de ellos podrá opinar y escribir como le parezca, y por cuenta propia. Venimos á propagar y defender LO NUEVO, lo que el público ansa. LO MODERNO, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio de la rutina y tiranía de la costumbre. Y con esto queda sentado que VIDA NUEVA será, no el periódico de HOY sino el periódico de MAÑANA. Los nombres de las personas que en él han de escribir semanalmente, deben convencer al público de que esta publicación será todo lo que se quiere y la quieren llamar, pero no será nunca reaccionaria.

Tamayo

Un tablado puesto en alto, luces para simular el día y la noche, telones pintados que fingen campos y ciudades, casas y palacios; hombres y mujeres que interpretan en público lo ocurrido en la soledad del gabinete por un ingenio, procurando que sus sentimientos parezcan de verdad: esto en substancia es el teatro; espejo de la vida donde las cosas se ven de bulto. Cuanto más intensa sea la ilusión que causen en los ojos y en el alma, mejor será la comedia y más excelente autor quien la compaña. Poco importa cómo la haga; unas veces imitando, otras creando, cualquier procedimiento vale, si luego en lo escrito se confunden lo imaginado y lo real hasta formar uno solo; figuras amantadas por la fantasía, héroes arrancados á la historia, seres tomados de entre el vulgo, todos sirven con tal de que lo que sufran y gocen nos llegue al corazón.

El teatro es arte distinto de los demás, y su principal escollo consiste en que, formándose con elementos completamente reales, cae con extrema facilidad en lo falso; de modo que quien sepa evitarlo, quien acierte á que lo imaginado parezca positivo y la imitación se confunda con el modelo, ese merecerá nombre de autor dramático, como Shakespeare y Molière, Calderón y Tamayo.

No es gran exageración colocar el último nombre junto á los tres primeros; Yorick, puede ser hermano de Otelio; la Cecilia, de Lo Positivo, y la Alicia, de Un drama nuevo, andan por los espacios de nuestra memoria tan vivos como la Agnès de La escuela de las mujeres y la Cordelia de El rey Lear. Nosotros no lo veremos; pero cuando la patria sea hayo repuesto de las tristezas presentes, así como hoy vienen á España compañías de cómicos extranjeros para que admiremos á Desdémona y Otelio, irán los nuestros por tierras extrañas paseando entre aplausos el pundonor indomable de La rica-hembra y la amorosa locura de la reina Doña Juana.

Por instinto privilegiado, por perspicaz observación ó por ambas cosas á la vez, ha sido Tamayo un creador de mujeres. Las de sus dramas retratan casi todas las fases del alma femenina; Virginia, la castidad que llega á heroísmo; La rica-hembra, la honra que se sacrifica por el deber; Cecilia, la desordenada violencia del orgullo; Cecilia, de Lo Positivo, la frialdad del egoísmo venido por la cordura; Clara, de La bola de nieve, la ciega vehemencia de los celos; Alicia, de Un drama nuevo, la pasión que puede ser culpable sin hacerse aborrecible; y Doña Juana, de Locura de amor, el amor sin límites, tan profundo que ni con la muerte del amado se acaba, tan soberano que hasta se sobrepone á la razón y la turba para que jamás el olvido pueda enseñorearse de ella.

En todos estos tipos, unos inflexibles y de una sola pieza, otros vacilantes y complejos, se cumple aquella fusión afortunada donde se compenetra lo que por intuición se adivina y lo que de la realidad se estudia: en cada uno de ellos está lo verdadero al lado de lo verosímil; lo visto junto á lo presente; los dos veces mujeres, primero por su índole y luego por el amor que inspiraron al poeta; el cual no fue nunca para ellas acusador y pocas veces juez severo, sino casi siempre amante: como esos pintores, enamorados á lo artista, que aun haciendo parecido el retrato halagan al original. Quizá esta alta idea que de la mujer tiene y este amoroso respeto con que la trataba distinguió á Tamayo de los dramáticos de nuestro siglo de oro á quienes en otras cosas tanto se parece: porque es indudable que aquellos grandes poetas estaban demasiado poseídos del misticismo que miraba con recelo á la mujer, considerándola como origen de tentación ó instrumento de pecado. En nuestro teatro antiguo quien vale es el hombre, consagrado al doble culto de Dios y del honor; ellas, por regla general, no tienen más misión, las vulgares, que disputarse á los amantes, y las escogidas que servir de piedra de toque donde se prueban aquellos sentimientos. Lope, Moreto y Tirso, con más ó menos profundidad, con más ó menos gracejo, parecen recordar las palabras de Fray Luis de Granada: «las mujeres roban el corazón del sabio» y «cuanto hay en ellas es lazo».

Por el contrario, en el teatro de Tamayo resalta su virtudes casi como atributos: toma de su naturaleza lo mejor: sus mujeres son enamoradas constantes, castas, pudorosas, fuertes: cuando yerran es por amor, desfalleciendo el corazón á despecho de la voluntad.

Al retratar á los hombres fué menos poeta y más filósofo: en ellos puso la inconsistencia, el egoísmo, la hipocresía y la envidia.

Pero no basta que en el teatro la mujer delite por su belleza moral y el hombre sirva de ejemplo por sus virtudes ó sus malas pasiones: hace falta que sus acciones sean verosímiles. Los afectos humanos nacen y se modifican en la vida sin que haya á veces cosa que lo justifique: en las tablas todo ha de parecer razonado aunque no sea racional. Tal es la injusta pero acaso necesaria exigencia que hacen al autor dramático el público y la crítica. Aunque la lógica escasee en el mundo, la quieren en la escena; cuando falta, lo patético hace reír, lo cómico pone de mal humor; y esto sólo lo evita el autor que sabe planear bien.

Tamayo lo hizo con extraordinaria maestría: los planes de sus comedias son clarísimos. Pinta los caracteres, expone el caso en que intervienen, hace que se porte cada cual como quien es y conforme á la influencia del prójimo, y los hechos se suceden formando un todo donde lo que antecede

prepara y explica lo que sigue para que, suceda lo que quiera, nada sea tenido por absurdo.

El mundo nos tiene acostumbrados á que un impulso irresistible, la violencia de un temperamento, lo anómalo de una situación, determinen pasiones y actos. Esto no se tolera en el teatro: la perdición moral de Adelaida, en Los hombres de bien, ha de venir por sus pasos contados; la envidia de Yorick, en Un drama nuevo, se ha de desarrollar lentamente.

En determinar, justificándolo de antemano, el influjo que unos personajes ejercen sobre otros, poquitos autores han igualado á Tamayo. En La bola de nieve hay quien por celos llega, mediante una gradación habilísima, desde las burlas que hacen reír hasta la excitación al crimen: en Lances de honor hay otra mujer tan poderosamente cristiana que, anteponiendo sin contradicción la doctrina á la sangre, deja de parecer madre por aproximarse á santa; y en Un drama nuevo lo casual, elemento de tan difícil manejo que debe quedar proscripto en el teatro, está empleado con tal habilidad, que parece en cierto modo consecuencia de las primeras situaciones.

Cuando Tamayo infunde un sentimiento ó una pasión en el corazón de un personaje lo hace con tal energía, que sus rasgos individuales de hombre ó mujer, sus cualidades buenas ó malas, adquieren con frecuencia, por ciertos rasgos sintéticos, el alcance propio de esas grandes figuras que personifican un estado de ánimo: así, aquel Don Fabián de Lances de honor, que al verse ultrajado, exclama: «ni por Dios sufro yo un bofetón», es el tipo del caballero profundamente religioso, devoto, hasta fanático, que olvida y atropella el precepto divino cuando se siente herido en lo humano.

En lo que se refiere á la forma, Tamayo ha sido un escrupuloso conservador del idioma: á semejanza de todos los que lo conocen en sus fundamentos, se preocupaba principalmente de la corrección y pureza: la espontaneidad y frescura que hubiera admirado en otros, le habría en sí parecido intolerable desaliño. No convenía generalizar aquel rigor, pero bueno es que algunos literatos lo defendan y practiquen, pues la lengua castellana es tesoro más difícil de guardar que de acrecer.

Cuando los personajes de Tamayo hablan por cuenta propia, en esos momentos en que se des-

que piensa el autor sobre el papel de pronto. Notable caso en que el poeta acierta á ser otro y á sí mismo no logra contenerse. Su prosa es castiza, llena de nobleza, y acaso poco natural; parecida al aspecto de esos grandes señores que, temiendo caer en la vulgaridad, se exponen á tocar en la alíve. Su versificación es más fácil y galana: diríase que era dominado por la prosa y se hacía dueño de la rima.

¿Era profundamente reaccionario, como afirman algunos? No me atreveré á negarlo. En la conversación lo parecía; en sus obras sólo lo revela por cierto exceso de celo religioso, donde llega hasta la confusión de la idea artística con el sentido moral. No ignoraba, sin embargo, que ideas perversas y pensamientos impíos pueden revestir forma bellísima.

En sus dramas hay arranques que permiten asegurarlo, pues los dejó escritos sabiendo, aunque luego, sobreponiéndose el creyente al artista, pretendía desvirtuarse echando agua bendita sobre aquellas que se le antojaban flores del mal. Parecía poner empeño en probar que la belleza moral es soberana, exclusiva, sin recordar que lo bello, como Lutzel, puede ser malo. Mas esto no ha mermado en nada su mérito ni su gloria. Ciega adoración á lo pasado, confiada esperanza en lo porvenir, maledumbre ante la desgracia, protesta contra el dolor, todo cabe en el arte, desde el éxtasis del vidente hasta la blasfemia del reprobo, como caben todos los amores en el corazón del hombre, desde el de los sentidos, que saciándose se hastían, hasta el culto de la madre, que no se extingue jamás.

Hacia muchos años que Tamayo estaba alejado de lo que más amaba, el teatro: triztera grande, indudablemente compensada con el respeto, rayaba en veneración, que le profesaban aún los parciales de las tendencias más opuestas á las suyas. Ha saboreado en vida la dulzura de saber que se le consideraba como una de las pocas personalidades literarias indiscutibles de su tiempo. Antes de morir se le había hecho justicia; y hoy, vuelto ya su cuerpo á la tierra de donde procedía, le consagran con igual fervor su oración el creyente y quien carece de fe, un pensamiento de piedad, porque ha contribuido con sus obras á que amemos el bien y la belleza. Cuando se piensa en muertos así, todo es orar.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

LETRAS

pasadas de moda

Con la asistencia de una mano delicada, solicita en los regalos del riego, y en los reparos de las ofensas del sol y del viento, crece la rosa, y sueto el nudo del botón extendiendo por el aire la pompa de sus hojas. Hermosa flor, reina de las demás; pero solamente lisonja de los ojos, y tan achacosa, que peligró en su decidez.

El mismo sol que la vió nacer, la ve morir, sin más fruto que la ostentación de su belleza, dejando burlada la fatiga de muchos meses, y aun las-

timada tal vez la misma mano que la crió, porque tan lasciva cultura no podía dejar de producir espigas.

No sucede así al coral nacido entre los trabajos, que tales son las aguas, y combatido de las olas y tempestades; porque en ellas hace más robusta su hermosura, la cual, endurecida después con el viento, queda á prueba de los elementos para ilustres y preciosos usos del hombre.

Tales efectos, contrarios entre sí, nacen del nacimiento y crecimiento de este árbol y de aquella flor, por lo morbido ó duro en que se criaron, y tales se ven en la educación de los príncipes, los cuales, si se crían entre los arroyos y las delicias, que ni los visite el sol ni el viento, ni sientan otra dura que la de los perfumes, salen achacosos é inútiles para el gobierno, como al contrario, robusto y hábil quien se entrega á las fatigas y trabajos.

Con éstos, se alarga la vida; con los delicias, se abrevia. Un vaso de vidrio formado á soplos, un soplo lo rompe. El de oro, hecho á martillo, resiste al martillo. Quien oficiosamente ha de pasear sobre el mundo, poco importa que sea delicado; el que le ha de sustentar sobre sus hombros, conviene que los críe robustos. No ha menester la República un príncipe entre cristales, sino entre el polvo y las armas. Por castigo da Dios á los vasallos un rey afeinado.

La conveniencia ó daño de ésta ó aquella educación, se vieron en el rey D. Juan el II de Castilla, y el rey D. Fernando el Católico. Aquel se crió en el palacio, éste en la campaña. Aquel entre damas, éste entre soldados. Aquel, cuando entró á gobernar, le pareció que entraba en un golfo desconocido, y desamparando el timón, le entregó á sus favoritos; éste no se halló nuevo, antes en un reino ajeno, se supo gobernar y hacer obedecer. Aquel fué despreciado, éste respetado. Aquel destruyó su reino, éste levantó una Monarquía. Considerando esto el rey D. Fernando el Santo, crió entre las armas á sus hijos D. Alfonso y D. Fernando. ¿Quién hizo grande al emperador Carlos V, sino sus continuas peregrinaciones y fatigas?

SAAYEDRA FAJARDO.

DOÑA ISABEL

D. RAMÓN

Y D. EMILIO

—Oiga usted, maestro D. Ramón—preguntamos ayer al ilustre, alhumoral poeta Campoamor.

—¿Una Dolora?—respondió explorando nuestras alevosas intenciones, con su mirada penetrante y melancólica dulzura. Estoy yo bueno para Doloras. ¡Si fuera para dolores!—añadió tristemente.

—Se trata, D. Ramón, de molestarle con un atrevimiento reporteril. Según habrá usted leído, Castelar en cierta interview que tuvo el otro día con un periodista alicantino, desmintió rotundamente la página del libro escrito por Muñoz acerca de la Revolución de 1868, que reprodujo VIDA NUEVA en su primer número, y se refería á la intervención de la reina Isabel en la salvación del eminente tribuno, cuando los sucesos del 22 de Junio de 1868. Según refiere Muñoz, usted, D. Ramón, intervino en la cosa é intervino también doña Carolina Coronado...

—Efectivamente—respondió D. Ramón,—Castelar estaba oculto en casa de doña Carolina Coronado, y yo, por encargo de doña Isabel, saqué á Castelar de allí y le conduje á una Embajada... Emilio estaba condenado á ¡garrote vil!

—De modo que el hecho es exacto. —Exactísimo. Por mi parte, con mi palabra respondiendo, palabra leal de poeta. En cuanto á doña Carolina Coronado—desgraciadamente para la literatura española—no puede volver á este mundo vil y confirmar mis palabras. En cuanto á Castelar...

D. Ramón se sonrió como en sus mejores tiempos. Y nosotros nos despedimos diciéndole: —D. Ramón, mil gracias por la interview y por... la Dolora.

—¿Qué Dolora? —Esa sonrisa de usted... —¡Hombre! ¡Hombre! ¡Bueno estoy yo para Doloras!...

La vergüenza nacional

Los partidos gobernantes y sus órganos en la prensa, se han quitado ya la máscara belicosa y no sólo no se recatan de pedir la paz sino que por ella claman «con voz de dolor y canto de gemido». ¡Oh con que patética elocuencia nos hablan de las angustias de las madres, de la orfandad de los hijos, de los talleres desiertos, del trabajador sin pan, de los asamientos y estragos que forman el bárbaro cortejo de la guerra. Tanta sensibilidad haría llorar hasta las piedras, si no estuviese en grotesca contradicción con las gallardías de hace dos meses.

¿Quién no recuerda el entusiasmo guerrero del gran Aguilera, cuando el tren que se llevaba á Woodford, salió silbando, quizá significativamente, de la estación del Norte? ¿Quién, si tuvo la dicha de contemplarlo, ha podido observar la gentil actitud del Gobernador en Madrid, manejando á guisa de muleta una bandera de percalina nacional en el escenario del teatro de la Zarzuela? Y donde dejáramos las enérgicas frases del Sr. Sagasta, las declaraciones del Sr. Correa y las patrióticas manifestaciones del Senado y del Congreso.

Dos meses han pasado y las lauzas se han vuelto cañas. En rigor los alardes de ayer, tenían el mismo origen que tienen las tendencias pacíficas de hoy. Se declaró la guerra por miedo; se busca hoy la paz por miedo. Creyese que si se resistía á la corriente popular que pedía la guerra por boca

de unos cuantos desocupados, iba á levantar la formidable cabeza la hidra de la revolución; hoy se pide la paz por temor á la susodicha hidra. Entonces y ahora la defensa de nuestro territorio y nuestro decoro eran y son mirados como cosas secundarias.

¡Nuestro territorio! Fuera de los límites de la península, «apenas si hay una almena que podamos decir que es nuestra.» Cuba la damos por perdida, Puerto-Rico está amenazado, Filipinas es de Aguinaldo... Nos quedan los presidios de África. ¿Qué símbolo?

¡Y el honor nacional! Hemos convenido ya en que el honor nacional es una cursería, propia de pueblos atrasados y semi-salvajes. A la luz de esta filosofía novísima, lo mejor que hay que hacer es quemar el libro de nuestra historia. Palafox contestando á la proposición de «Paz y pan», con el grito de «Guerra y cuchillo»; Alvarez señalando á los defensores de Gerona por toda retirada el cementerio, los chisperos de Madrid, los soldados de Bailén, los vencedores de Talavera, las guerrillas de Mina y el Empecinado, las tropas de Arapiles, ¿qué fueron si no una muchedumbre de insensatos? Otro gallo les habría cantado si en vez de defender palmo á palmo el suelo de la patria, y de sembrar con sus huesos los campos españoles, y de empapar con sangre los riscos de nuestras libres montañas, se hubieran apresurado á pedir la paz al invasor.

No habrían llorado entonces las madres, no se habría interrumpido el trabajo en los talleres, no se habrían arruinado los ricos y sufrido hambre los pobres, ni nosotros, nietos de aquellos insensatos defensores de esta desventurada tierra española, sentiríamos el rubor del oprobio en las mejillas, al comparar lo que somos con lo que fuimos... Todos ellos, hubieran vivido felices y orondos, sin más contrariedad que la de besar las botas de los soldados de Napoleón ó la de aguantar de cuando en cuando algún amistoso puntapié por el estilo del que nos disponemos á recibir del zapatungo herrado del tío Sam.

Ahora somos prácticos. ¿El honor?... Valiente teoría. Pidámos la paz con las manos bien repletas; hagámonos salir á nuestros soldados de tierras que conquistaron nuestros antepasados y regaron con sangre las generaciones de cuatro siglos; pidámos auxilio á los barcos extranjeros para que sus capitanes, por caridad libren á nuestros compatriotas del furor de los tagalos; busquemos al Papa, para que como su tío San León, amanse la furia del Atila yankee; y si alguno nos habla de vergüenza nacional contestemos como la maja del sainete clásico:

«Sale á los carrillos de la cara, que con pasar la mano, ¡agur, amigo! se queda una persona descansada.»

Y si por acaso, á pesar del consejo sainetesco sentimos que la indignación nos rebosa en el pecho al ver perdidos los restos gloriosos de nuestra grandeza, contentémonos en llorar como hembras ya que no hemos sabido defenderlos como hombres.

ZEDA.

Venga el diluvio

(A EUSEBIO BLASCO, PABLO IOLASIAS Y MARÉ Y FLAQUERO.)

Siga la guerra que encendió la odiada y odiosa turba que en España impera. Siga el desastre y el expolio fuera, y dentro siga la toraz manada. Ya vendrá, ya vendrá la ola irritada cuyo poder que mata, regenera. Su redención, la patria, sólo espera del justo golpe de su recia espada. Dejád, dejád que la tormenta pase, no pidáis paz hasta que el agua arrase la aluva cuando donde el mal se asoma. Cuando ni rastro de impureza quede, del arco salvadora salir puede por el ramo de oliva, la palomar

J. JURADO DE LA PARRA.

Ocho hombres nuevos

Se dice si habrá crisis ó no la habrá. Es igual, tras este Gobierno vendrá otro, sobre poco más ó menos, lo mismo. Hace treinta años que el poder es un monopolio del Estado, como el tabaco ó las cerillas.

Ya sabemos que no hemos de salir de los mismos nombres y apellidos de siempre. Sucede como en las revistas de salones ó en las listas de los que van al primer turno del Real. Las mismas duquesas, los mismos condes, los mismos banqueros. Jamás se nombra al modesto abonado que paga lo mismo que ellos, como jamás se nombra en las crisis á ningún hombre de los mil que viven obscurcidos, eclipsados, achicados por los caciques del poder.

La gran prueba de talento que daría la corona en la primera crisis y en las graves circunstancias actuales, sería nombrar ocho ministros y ocho subsecretarios nuevos; nuevos directores, nuevos generales, nuevos hombres públicos, que ya los encontraría buscándolos bien. Pues qué, ¿no hay en Madrid, no hay en España más que los de siempre? ¿Siempre se ha de consultar á los mismos? ¿Y en el estado del país no hay que acudir á quien tenga nuevas iniciativas?

Aquel artículo de D. Eusebio Blasco en el Herald proponiendo un Gobierno verdaderamente nacional, no tenía más que un defecto, el de incluir á los carlistas en la combinación, porque con esos no se puede ir á ninguna parte; pero los republicanos conservadores, castelanos ayer y hoy libres de su voluntad, cabrían muy bien, así como representantes de todas las demás opiniones. Pero gente novísima, apellidos que no estén usados, manoseados y gastados, y con hombres nuevos que los lleven y sean capaces de arrostrar responsabilidad.

des. La paz honrosa ó el fin de tanta desventura, no los puede resolver un partido solo. La responsabilidad debe ser de todos, como representantes de la nación, y no son los hombres que vienen viviendo al día y para ellos solos hace tantos años, los que han de salvar la situación. Esto es lo evidente y lo patriótico, y no tiene duda.

«El general de los jesuitas!»

Disentimos en absoluto de las ideas que representa en política el Sr. Romero Robledo, pero las revelaciones que hizo el jueves en el Parlamento le convierten esta semana en colaborador nuestro. Sepa el país, sepa la Europa moderna, qué hombre político nos espera, ó mejor dicho, nos amenaza.

Dijo el Sr. Romero Robledo:

«Envío el general Polavieja persona autorizada para tratar con el cabecilla Aguinaldo: esto se halla escrito.

El superior de los jesuitas en Filipinas fué el comisionado, y escribió á Emilio Aguinaldo.

Así aparece en un periódico que se publica para repartirlo entre los individuos de la Compañía de Jesús.

El Sr. Romero Robledo dió lectura á dicho periódico, en el que consta que la intervención fué solicitada por el general Polavieja, quien solicitó de los jesuitas tratan de pactar con los rebeldes tagalos.

Aguinaldo recibió á estos emisarios de paz, y después de una carta del superior de los jesuitas y otra del Sr. Comenge. Es decir, que el cabecilla trataba la cuestión de potencia á potencia.

Es decir, que los jesuitas están á las puertas del poder, que el general cristiano, aquel á quien salieron á recibir curas y frailes, es el que según dicen, ha de gobernar, con preferencia á los Weyler, Martínez Campos, López Domínguez, Correa, Borrero, Lachambre, etc., representantes del ejército español (que es un ejército liberal sobre todos los del mundo).

Y aquella Zaragoza liberalísima se vuelve loca ante este general de la Compañía de Jesús!

¡Que corra esta nota, que corra por toda España, porque es muy urgente!

¡Muera Don Quijote!

Con tanta razón, como Carlyle de la obra de Shakespeare y el imperio de la India, debemos decir que el Quijote vale para España más que su moribundo imperio colonial. A la luz del Quijote debemos ver nuestra historia.

El pobre hidalgo manchego, una vez perdido el seso por la lectura de los libros de caballería, echóse por esos campos á desahogar lo que se le antojaba tuerzas y á conquistar imperios. Y no por culpa suya, sino de su caballo, solía verse tendido en tierra cuando menos lo esperaba, por culpa de aquel rocín al que dejaba tomar camino á su talante, creyendo que en esto consistía la fuerza de las aventuras. Tampoco por culpa suya, sino por la de los Gobiernos que le llevan á su capricho, se ha visto más de una vez tendido el pueblo español y á merced de mozos de mulas que le molieran á su sabor ¡La costilla. El pobre caballero y el pobre pueblo saben por lo menos consolarse y no es poco esto.

Cuando el caballero de la Blanca Luna venció á Don Quijote y sin hacerle caso á aquello de «quitame la vida, pues me has quitado la honra», le mandó se volviese á su lugar á descansar un año, tomó nuestro hidalgo camino de su aldea, dispuesto á cumplir lo que le fué mandado. Mas no bien llegó á su hogar, cogióle una calentura que le costó la vida. Y entonces, al despertar curado tras un buen sueño de seis horas, bendijo al poderoso Dios, cuyas misericordias no tienen límite, «ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.» Sintióse á punto de muerte quiso hacerla de tal modo que diese á entender que no había sido su vida tan mal que dejase renombre de loco. «¡Dadme albricias, buenos señores!—dijo á sus amigos—que ya no soy yo Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de bueno.» Así murió, con muerte ejemplarísima, el caballero Don Quijote, el histórico, para renacer ante el juicio de Dios en el honrado hidalgo Alonso Quijano, el eterno.

La locura es en cada cual á quien toca, trastorno de su cordura; según se es cuando vuélvese uno loco, pero á la vez la locura cae todo el peso de soberbia y de vanidad humanas que en todo mortal decausan. La extraña y temporal locura de Don Quijote, fué acaso trastorno de la bondad eterna de Alonso Quijano, pero fué además explosión de soberbia de espíritu impositivo. Creyése ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejecutaba en ella su justicia.

España, la caballerescas España histórica, tiene como Don Quijote que renacer en el eterno hidalgo Alonso el Bueno, en el pueblo español, que vive bajo la historia, ignorándola en su mayor parte por su fortuna. La nación española,—la nación, no el pueblo—molida y quebrantada, ha de curar, si cura, como curó su héroe, para morir. Si, para morir como nación y vivir como pueblo.

Las naciones, en efecto, laborioso producto histórico, han de morir tarde ó temprano, y creo y espero y deseo, que mucho antes de lo que nos figuramos. Les sobrevivirán, de un modo ó de otro, los pueblos, su impercedera substancia. La obra mayor tal vez de la historia, sea crear razas históricas y dar á los pueblos personalidad diferenciándolos, y preparar así la integración futura de la universal familia humana, bajo el Padre común.

MADRID.—IMPRESA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

en el deber de tomar la iniciativa, he decidido renunciar a favor del Tesoro público las 30.000 pesetas anuales que como ministro de la Corona tengo derecho a percibir. (Grandes aplausos. Algunos diputados gritan: ¡Viva España! ¡Viva Sagasta!)

«No, no me aplaudís sin concluir de oírme—sigue diciendo el Sr. Sagasta.—He prometido ser sincero y voy a serlo. No merece aplausos mi decisión. Mis rentas, sin ser grandes ni mucho menos, como toda España sabe, son suficientes para cubrir las atenciones que mi posición me impone. Además, todos sabéis que una compañía de ferrocarriles me paga 30.000 pesetas anuales por ser presidente de su Consejo de administración. Pero si no quiero aplausos para mí, los exijo de vosotros para los nobles rasgos de desprendimiento de que voy a daros cuenta. Todos los ministros, que cuando no lo son viven lo mismo que cuando concurren a los Conserjos de la Corona, han hecho renuncia de sus sueldos en favor del Tesoro. El gobierno, por lo tanto, contribuye con 270.000 pesetas a aliviar las cargas extraordinarias que sobre el Tesoro español pesan por causa de la guerra que no hemos sabido evitar. (Grandes aplausos y vivas entusiastas.)

«Los hombres de mi partido—continúa diciendo el Sr. Sagasta.—han secundado este movimiento generoso. Ahí los tenéis: el noble marqués de la Vega de Armijo, que os preside, dueño de grandes posesiones en sus distritos de Córdoba y señor del castillo de Mos; el señor Montero Ríos, propietario del Lourizan, que ha hecho grandes caudales en su bufete; los señores Gamazo, Maura y Canalejas que tienen fama de ricos, viven en espléndidas fincas de su propiedad, tienen negocios diversos y ganan en el ejercicio de su profesión más que un ministro de la Corona; el Sr. Eguillor, conocido capitalista; todos los exministros liberales, en una palabra, renuncian en favor del Tesoro las 7.500 pesetas que anualmente cobran en concepto de derechos pasivos. (Grandes aplausos.)

«Y qué diré de los conservadores? Ahí tenéis al noble y venerable marqués del Pazo de la Merced. Verdaz es que su fortuna es una de las más grandes de España, que tiene a centenares las acciones del Banco, de la Tabacalera, de ferrocarriles, de la Deuda pública; pero el marqués del Pazo de la Merced conoce los deberes que el patriotismo impone, y desde hoy renuncia las 7.500 pesetas de su cesantía. Y ahí tenéis al señor Castellano, dueño de campos y montes y casas en todo Aragón, de fábricas de harina y de papel, y de un establecimiento bancario que tiene acaparados en Zaragoza todos los monopolios y todas las comisiones. También cede sus 30.000 reales. Y como él todos los demás exministros, Silveira, Villaverde, Pidal, el duque de Tetuán, Linares Rivas, Bosch, Romero Robledo, Trujada Valdesoro, Irujo, Concha Castañeda, todos en fin, todos ricos, que no han necesitado ser ministros para tener coche y numerosos criados y vivir bien, todos renuncian su cesantía. Y sólo por esto, el presupuesto actual recibe un beneficio de 450.000 pesetas. (Aplausos.)

«Los príncipes de nuestra milicia—sigue diciendo el Sr. Sagasta—que son más de los que debían y que todos ellos cobran cruces pensionadas y tienen presencias de academias o compañías industriales, renuncian sus sueldos en favor de este presupuesto, cuyos ingresos van a dar el contribuyente con las últimas gotas de su sangre. Los capitanes generales conde de Cheste, Martínez Campos, López Domínguez y Primo de Rivera hacen el sacrificio de no cobrar la 120.000 pesetas con que la nación les paga desde hace muchos años los entorchados que llevan en sus gloriosas bocamangas. (Grandes aplausos.—Varias voces: ¡Vivan los capitanes generales!—Una voz en la tribuna pública: ¡No! ¡Viva el Ejército!—El presidente agita la campanilla, imponiendo orden.)

«Ah, señores diputados!—exclama Sagasta en el paroxismo del entusiasmo.—¿y qué os diré del sacrificio que la Iglesia hace en aras de la patria? Yo me asombro y exultación de ayer, siento revivir en mi corazón la fe de mis mayores. ¡El sacrificio que la Iglesia hace en aras de la patria! Yo me asombro y exultación de ayer, siento revivir en mi corazón la fe de mis mayores. (Grandes aplausos.)

«El Sr. Sagasta, con voz apagada por la emoción, se levanta de nuevo y exclama: «Señores diputados: Ahora podéis votar toda clase de impuesto y tributos, sin temor a que la conciencia os acuse. Ahora el pueblo pagará cuanto le pidamos y se compenetrará con nosotros en la defensa de la honra nacional en peligro, no por sobre de pecados ni falta de oraciones, sino porque no hemos comprado a tiempo muchos buques de guerra y muchos cañones. He dicho. El entusiasmo raya en el delirio. El vocerío ensordece el espacio. Los vivas se multiplican. ¡Viva España, viva el clero, vivan los ministros y los exministros, viva Sagasta, viva la Deuda pública y vivan los privados! A Sagasta le cogen cuatro diputados caneros y le sacan en andas del salón de sesiones. Vaya Armijo se demagoga, los ujieres corren, el Mayor da voces, suenan los timbres, nadie se entiende y todos están locos de contento.

Entonces desperté. Me había quedado dormido en mi asiento de la tribuna de la prensa y soñé todo eso que queda relatado.

¡Qué hermoso sueño y qué triste realidad!

¡Oh, la patria!

duce una economía de 2.700 millones de pesetas. (Grandes aplausos.)

El Sr. Sagasta: ¡Callad, callad! ¡Si esto no es nada todavía! (Entusiasmo delirante. Los ministros carlistas y republicanos se retiran avergonzados del salón.) Aquí ha traído el ministro de Hacienda dos presupuestos, uno el de la paz, el ordinario, del que todos comemos y gozamos; otro, el extraordinario, el de la guerra, presupuesto lucido, enorme, que no sabemos donde acabará. Pero se me ha hecho notar que esto es una farsa, porque no puede haber dos presupuestos donde hay un solo contribuyente, a menos que, siguiendo la opinión de algunos tratadistas, le consideremos partido por la mitad. Por eso, sin esta obra de justicia que he emprendido esta tarde, corramos el peligro de que el contribuyente se nos quedara entre las manos.

«Pues qué, es posible que por la sencilla razón de que hay guerra, pidamos más sacrificios a aquel que los viene haciendo todos hace muchos años, y nada a quien en ese tiempo mismo no ha hecho otra cosa que cobrar? Tal es la situación de los tenedores de la Deuda pública. En los últimos 25 años ha habido muchos de sequía en que la resquebrajada tierra se ha negado a producir; regiones enteras fueron más de una vez asoladas por la florera o la inundación, y el pobre labrador pagaba o entregaba su misera heredad a las garras del fisco. Entretanto, lloviera mucho o nada, temblaran los montes y los llanos o se estuvieran quietos y reposados, enviase Dios el oídium, o el mildew o la glosopeda, el acreedor del Estado cobraba su cupón, no sólo sin regateos, sino con la enorme prima de los cambios.

Por eso hay dos presupuestos; porque en uno hay que garantizar al que prestó al Estado, que seguirá chupando la ubérrima uña que ha mamado tantos años, sin ver que está la vaca extenuada y agónica, que cobrará su cupón y se le mantendrá el precio de su papel, aunque en el otro presupuesto haya que poner como remate cualquiera de las desacreditadas frases: Consumatum est, o Finis Hispanie, o Dios sobre todo, o ¡Sálvese el que pueda!

Pero no, señores diputados; el patriotismo de los españoles no es de oropel, y después del día de hoy nadie podrá decir, refiriéndose a los discursos patrióticos que aquí han resonado, que son estas las Cortes de Tarascón. Los tenedores de papel se han acercado a decirme: «Si, queremos que el papel se nos pague, que el papel español no se desprecie; pero comprendemos a la vez que es justo que, como el agricultor, y el industrial, y el tendero, y el médico, y el abogado, contribuyamos a las cargas de la nación... Queremos pagar, señor Sagasta, me han dicho. Y como me viesen un punto perplejo, agregaron: «Si, queremos pagar, por lo menos, tanto como la agricultura.»

(Entusiasmo, delirante aplausos. Se oyen voces, ya romanos: ¡Vivan los acreedores! ¡Vivan los ingleses!)

El Sr. Sagasta, trémulo, emocionadísimo, pide al presidente le conceda diez minutos de descanso. Los diputados, casi todos llorando de emoción, rodean el banco azul. Es imposible describir el espectáculo. Al fin se restablece la calma.

El señor presidente: Señores diputados: un secretario va a leer detalladamente las economías e impuestos voluntarios que se hacen en los presupuestos de 1898 99.

Sube un secretario a la tribuna y lee el siguiente estado:

	Pesetas.
Ceden los ministros.....	270.000
Id. exministros.....	450.000
Id. capitanes generales.....	120.000
Id. consejeros y académicos.....	500.000
Id. subsecretarios.....	75.000
Id. directores generales.....	162.000
Id. gobernadores civiles.....	480.000
Id. cardenales, obispos, etc.....	42.076.217,56
Id. tenedores de la Deuda.....	125.000.000
Supresión de comisiones, etc.....	2.700.000

(Al conocer la suma total un inmenso clamoreo estalla en el Congreso. Por todas partes se oyen los mismos gritos: ¡Cien setenta y dos millones! ¡Hemos podido comprar todos los años once ó doce grandes acorazados!)

El Sr. Sagasta, con voz apagada por la emoción, se levanta de nuevo y exclama: «Señores diputados: Ahora podéis votar toda clase de impuesto y tributos, sin temor a que la conciencia os acuse. Ahora el pueblo pagará cuanto le pidamos y se compenetrará con nosotros en la defensa de la honra nacional en peligro, no por sobre de pecados ni falta de oraciones, sino porque no hemos comprado a tiempo muchos buques de guerra y muchos cañones. He dicho. El entusiasmo raya en el delirio. El vocerío ensordece el espacio. Los vivas se multiplican. ¡Viva España, viva el clero, vivan los ministros y los exministros, viva Sagasta, viva la Deuda pública y vivan los privados! A Sagasta le cogen cuatro diputados caneros y le sacan en andas del salón de sesiones. Vaya Armijo se demagoga, los ujieres corren, el Mayor da voces, suenan los timbres, nadie se entiende y todos están locos de contento.

Entonces desperté. Me había quedado dormido en mi asiento de la tribuna de la prensa y soñé todo eso que queda relatado.

¡Qué hermoso sueño y qué triste realidad!

¡Oh, la patria!

CORREO DE ORIENTE

Carta que escribe a Victoria, Juan Soldado. Está fechada en «Camino de la Gloria», y escrita en hoja arrancada de una viejísima Historia.

Dice así este documento: «A ti, Victoria, que fuiste mi ilusión y mi contento, hoy te escribo en la hora triste del pesar y el desaliento.

Vine aquí para luchar; la ley me obligó a dejar lo que al mundo me ligaba mientras, con oro, compraba el rico su bienestar.

Permanecí un año entero por la patria peleando y, desde humilde pechero, he ascendido a Caballero de la cruz de San Fernando.

He oído hablar de doblones, de pactos y de traiciones que mezcaban héroes y canallas... Yo busqué mis emociones en el campo de batalla.

Y embriagado, delirante, creí estrecharte, Victoria, sobre el seno palpitante y tu nombre, ni un instante, se apartó de mi memoria.

Después vino el cataclismo, la abrumadora avalancha que, arrollando al heroísmo, viene a hacer del pesimismo, dique para la revancha.

Y ahora, en el cerco mortal que un enemigo implacable pone al honor nacional, lo que se hace insostenible es la muerte con dogal.

Si Patria y Deber a coro, me exigen que luche y muera por sostener el decoro de ese grón grana y oro que se llama la Bandera.

Si de rodillas juré un pacto en solemnidad, lo cumplí por mí fe... En este instante, ¿por qué? lo rompe la patria mía?

Voy a morir y a matar; pues sólo quiero pensar que, vertiendo sangre a escote, ¡el que mata, es sacerdote; donde se muere, es altar!

Guarda de la hispana historia este trozo dedicado y único, donde a la gloria, no van juntos, la Victoria y el heroísmo

JUAN SOLDADO.

Por la copia,

MISTERIOSA.

The voice of young Spain

Lo dejamos en inglés, no para mayor claridad, como decía D. Hermógenes, sino en obsequio de aquellos de nuestros lectores jóvenes que se dedican a la versión inglesa y quieren, al ejercitarse un poco en ella, saber cómo resuena ya y se aprecia por esos mundos la voz y el programa de Vida Nueva.

He aquí el telegrama que en su edición parisiense publicaba The New-York Herald del día 15 del actual:

«MADRID, Tuesday.—That three of the papers here, the Pais and Nacional, both Jingo, and the Vida Nueva, in its first number, take as a text and the feature of the day the question of peace, is significant as showing that public sentiment is being rapidly moulded to accept the inevitable.

The Pais is a rabid Republican paper which has been all along violently Jingo. The Vida Nueva is a new paper, born upon the present condition of affairs. Its programme is to renovate Spain. It is the voice of young Spain. At the end of an impassioned patriotic article it says: «Peace is what our country needs to-day. All men of character and strength should support it, thus putting an end to the terrible, suffering of this unfortunate country.»

¿Qué tono se darían traduciendo ese bonito reclamo yanqui algunos de nuestros más furibundos periódicos jingos?

Nosotros, hermanando a nuestro modo el patriotismo con la modestia (dicho sea sin alabarnos) renunciábamos a tal versión, para que no se diga por ahí que nos damos lustre con bombos de tal procedencia.

El «Maguinó» Paterno

(MÚSICA FILIPINA)

Ahora que, merced a su intervención en el tristemente famoso pacto de Biac-na-bató ha alcanzado Paterno la notoriedad soñada y apetecida por él en todos los actos de su vida pública, no estará fuera de lugar el recuerdo de algunos detalles relacionados con su paso por Madrid, hace catorce ó dieciséis años.

Si es esto que quiere decir que la notoriedad haya sido el único móvil generoso de su conducta: no entorpecer el patriotismo mediador del hombre bueno de Aguinaldo, para el percibo del corroteje o comisión que buenamente le correspondiera en el negocio.

Prueba de su desinteresada mediación son las cartas leídas últimamente en el Congreso.

El Excelentísimo Señor Don Pedro Alejandro Paterno, como figura en los documentos recientemente publicados, alcanza a los cándidos tagalos con la Excelencia de la Gran cruz que le otorgara alguno de nuestros gobernantes no menos cándido y no menos tagalo, no sabemos por qué mérito; antes había intentado Paterno (Pedro, Alejandro, Agustín, Molo, etc., é Ignacio), alucinar a la sociedad madrileña y al «público en general» con el pomposo título de *maguinó*, príncipe entre los tagalos, que estampó en sus tarjetas.

Con este título congregó Paterno en su morada, primero en la calle del Saúco, después en la del Barquillo, lo más selecto de la prensa, la política, la aristocracia y las letras, en la época de referencia.

Sirvióle de incentivo para hacer desfilar por sus salones tan escogida sociedad, un cargamento de chucherías, primores y curiosidades tagalas que en uno de sus viajes se trajo el *maguinó*, y con los que formó un raro museo que era la admiración real ó fingida de los visitantes.

Re decir, que el bueno del filipino conquistó su público por los mismos procedimientos que usaron Colón y otros descubridores: con baratijas.

Antes de apelar al recurso del *bazar*, se presentó a nosotros el *maguinó* Paterno como poeta y literato publicando un tomo de poesías cortas y, becerrietas, pero sin Boquer, con el odorífero título de *Sampaguitas*; una novela insulsa de costumbres (malas costumbres), filipinas, *Ninay*; y la *Historia de la antigua civilización tagala*, en la que al decir de los eruditos en esta clase de trabajos, era escaso y poco lucido lo aportado por el filipino a otros trabajos de igual índole.

Y no se le dejó de jalarle la prensa: Paterno no la sabía mover perfectamente, y a su táctica especial para que se veía por hombres políticos de todos los partidos, debe Luna Novicio, su grande amigo y paisano, el premio de honor concedido al *Sporium*, prescindiendo de su mérito artístico, si le tiene.

Gutiérrez Abascal, Miguel Moya y Rodríguez Correa, eran, entre otros, asiduos concurrentes a los *Catapusanes* de Paterno; que así llamaba el *maguinó* a sus reuniones; y así daba cuenta de ellas, por seguirle la corriente, *El Liberal*, ora en serio, ora tomándole al filipino el enmarañado pelo.

Los éxitos que alcanzó Paterno en Madrid con sus *catapusanes* y exhibición de *chimes* tagalos, fueron mayores que los obtenidos por sus trabajos literarios.

Las *Sampaguitas*, con un prólogo de Balaciart, sólo sirvieron para que Jackson Veyán se enterara de la existencia de la típica flor, y nos hablara de ella en su zarzuela *Un punto filipino*.

De la novela *Ninay* y de la *Historia de la civilización tagala*, aun quedarán muchos ejemplares en los sótanos de Fé.

Esta *Historia* se encaminaba a demostrar que

Hable el país

La mitad de este número lo ha escrito el público. Los redactores del periódico hemos reunido nuestros trabajos ó los hemos reservado para otro número por dar cabida a lo que piensan y sienten nuestros lectores.

Tenemos además en cartera trabajos muy notables de personas hasta hoy desconocidas, que nosotros daremos a conocer; que piensan como nosotros y nos han remitido artículos y estudios llenos de nobles propósitos, de ideas humanitarias, de planes de reformas, y exentos de personalidades, de todo lo que se resume en estas dos palabras: Vida Nueva.

Consulta pública

Sr. Director de la Nueva Vida:

Muy señor mío y de mi mayor consideración: He leído el periódico semanal de usted la Vida Nueva; pues eso mismo he dicho yo hace dos años que estoy cantando todos los días, que si no vienen a sustituir los industriales y comerciantes, para diputados, senadores y Gobierno a los obispos, arzobispos, duques, marqueses, condes y barones, no habrá economías verdaderas, y no habiendo éstas, es imposible el progreso sin los tratados baratos con las naciones extranjeras. Si los industriales y comerciantes de todas las provincias se entendieran para realizarlos; lo que está dicho, no tendrían que estar todos los días diciendo, mal por los Gobiernos en tantísimo años; no, los tres partidos industriales y comerciantes, no quieren política, quieren economías y progreso, y esto mismo me ha inspirado el Padre Eterno Dios al pedirle con todo fervor el camino verdadero que tiene para remediar tantos males en tantos años; así es que todos los periodistas de bien criterio, una vez que está descubierto el remedio para progresar, no tienen ustedes que lamentar más en donde están ó quines son los hombres verdaderos para gobernar; no, los periodistas ya saben ahora a qué atenerse para publicar y animar a todos los industriales y particulares para las elecciones, que sería un triunfo seguro.

El periódico que ha mandado usted al Sr. D. Manuel Azpíri, estoy yo en su casa, pero el diputado provincial se llama D. José María Azpíri, hermano de D. Manuel. En Madrid debía constituirse una Junta de industriales y comerciantes para que se entendieran con todos los de las provincias cuando llega a establecer, y como usted es el primero que publicaría la noticia nueva en caso de parecerle que está bien, le deseo que nos mande gratis una para D. Manuel y el otro para su hermano D. José María; así es, que mostraremos a todos los que quieran leer el periódico la Nueva Vida y se lo agradeceré el favor.

Vivan los industriales y comerciantes. Soy afectísimo seguro servidor, casa de D. Manuel Azpíri, Eusebio Sasián.—Eibar, Junio de 1898.

LUIGI.

A LOS OBREROS y a los hombres de buena voluntad

En Vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

Para que la industria prospere, sea fecunda y se cree mercados por derecho propio, es menester cuidar de la clase obrera, hoy completamente abandonada, en su salud y en su progreso, a pesar de tanto lustre estudiantil como pregonan los bol-
 En la vida Nueva creemos que el movimiento se demuestra andando, y prescindiendo de recriminaciones, trata de atacar el mal, allí donde radica, seguro de que hace bien, y al mismo tiempo es la crítica positiva del estado presente y sus errores.

La vida de una nación, como la de un hombre, debía ser una continua preparación a su muerte, un ejercicio para llegar al mundo un pueblo puro, pacífico y cristiano, lavado de la mancha original de salvajismo, que en la concepción militar subsiste.

Al prepararnos a morir, quiera Dios que curemos de la locura a que nos han traído los libros de caballería de nuestra historia, a pensar en alguno de cuyos pasos acordamos acogernos como á ordinario remedio en nuestras desdichas colectivas.

El bueno del cura, ayudado por el barbero, tomó la providencia de escudriñar los libros de Don Quijote, quitándose los todos, quemarle los más, y tapiar la estancia de ellos. ¡Ojalá en España se pudiese olvidar la historia nacional! ¡Ojalá se sacara conciencia de la casi inexplorada mina del espíritu del hidalgo pueblo, que ara sus tierras en resignado silencio é ignora felizmente lo que sucedió en Otmaba, en Lepanto ó en Pavia! ¡Continuar la historia de España!... Lo que hay que hacer es acabar con ella, para empezar la del pueblo español. Porque España, este fantasma histórico simbolizado en una tela de colores, esta visión, de origen sobre todo libresco, que se cierra sobre nosotros sofocándonos y oprimiéndonos, nos esclaviza. ¡Terrible esclavitud la de los pueblos guiados por su mezquina imagen en la historia, superficie y nada más de la vida!

Un pensador español de extraordinaria originalidad, Angel Ganivet, pide en su hermoso *Idearium* que después de los períodos hispano-romano, hispano-árabe é hispano-colonial, tengamos un período español puro, «en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diere sus frutos en su propio territorio», pide la acción ideal que «alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra dentro del territorio toda la vitalidad nacional». Hay en esto gran fondo de verdad.

Hay que olvidar la vida de aventuras, aquel ir á imponer á los demás lo que creíamos les convenía y aquel buscar fuera un engañoso imperio. Hay que meditar, sobre todo, en lo profundamente anti-cristiano del ideal caballeresco. Si la tarea de la nación, producción esencialmente burguesa, ha sido asegurar la desigualdad con la guerra, la misión de un pueblo es realizar en sí mismo, *ad intra*, la justicia, y cristianizarse. Un pueblo de verdad cristiano conquistaría por el amor al mundo. Sin salir de su aldea, con su olla de algo más vaca que carnero, su salpicón las más noches, sus duelos y quebrantos los sábados, ¡sus lentejas los viernes y su algún palomino de añadidura los domingos, puede el hidalgo Alonso el Bueno realizar la justicia callada, sin ruido de armas y sin buscar sitio en la condenada historia ni cuidarse de andar en romances y coplas. Preocuparse de sobrevivir en la historia estorba al subsistir en la eternidad; es sacrificar el hombre al hombre, el pueblo á la nación; es una de las más tristes supersticiones que nos ha legado el paganismo, que por boca de Homero dijo que los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto las futuras generaciones. «Dejad que los muertos entierren á sus muertos» digamos con Cristo, considerando á la historia un cementerio, un osario de sucesos muertos, cuya alma eterna llevamos los vivos. Sólo rompiendo y aban-

alumbreado por un sol vivificador, pudiendo aumentar, en pocos años (en un cuarto de siglo) su población para contar mas de veinte millones de habitantes y conseguido esto, que es la base de todas las riquezas, aparecer un pueblo importante en el concurso europeo.

BONIFACIO RUIZ DE VELASCO.

Junio 19 de 1888.

¿Qué se prepara?

Va el general Weyler á Santander y allí le hacen una ovación, fiestas, sorenatas, manifestaciones populares.

Va el general Polavieja á Zaragoza, y los aragoneses, tan independientes, se prosternan ante el general, le aplauden y aclaman, le cantan coplas ensalzándole como á salvador del mundo.

Va el general Martínez Campos á palacio, y al día siguiente dicen los periódicos que pide ocho regimientos para la guarnición de Madrid.

Vuelve el general Primo de Rivera de Filipinas y se impone en el Senado, y le *defende el Gobierno*, y no parece sino que después de lo pasado sea el héroe del día...

¿Qué es esto?

¿Qué es lo que se prepara y se ensaya?

¿Y dónde está el pueblo? ¿Es que ya no hay pueblo? ¿Pasaremos de los yankees á los dictadores? ¿ES ESO?

A vuela-pluma

El jueves pasado fué día de confirmaciones.

En Palacio, la de Alfonso XIII.

En el Parlamento, la de las pésimas noticias de Santiago de Cuba.

Por cierto que *La Correspondencia de España*, al hacer la brillante y pomposa reseña de las ceremonias palaciegas, palatinas ó palacianas—¡á elegir!—que se celebraron el jueves, echa un jarro de agua sobre el entusiasmo del lector, terminando la descripción con estas líneas:

«Las noticias desagradables de Cuba han causado mucho efecto en la corte, impresionando principalmente á S. M. la reina.»

A estos finalitos en punta se les llamaba antes *le mot de la fin*.

El nombre ha pasado de moda; pero lo que es la cosa, convengamos en que todavía conserva una cierta y vaga actualidad...

La actualidad digo. ¿Eh?

Fíjese el lector crítico en que no he dicho «la oportunidad», y á fe que siento en el alma no poder reconocérsela á *La Correspondencia* en esta ocasión, como tampoco se la reconocería á un director de orquesta que al final de un baile pusiera en vez del galop el gori-gori, á pesar de aquello del *extrema gaudii luctus occupat*, sobre cuyo cálamazo tales y tan maravillosas flores de retórica bordaría el P. Cardona... si pudiese su alto cargo palaciano, palatino ó palatibero.

recho á reprehenderle por poner al principio de su crónica un *mot de la fin*, así sea ajeno.

¿Qué quiere usted, si en estos tiempos todos los términos de todas las cosas se hallan caprichosamente invertidos?

El marqués de Cabriñana—vaya de ejemplo—nos presentaba el otro día en el Congreso el caso de un capitán de artillería en activo servicio, cobrando en Fomento un jornal de 6 pesetas como sobrestante de obras públicas.

Y es claro (con perdón de lo turbio); ya no me sorprendió que á las dos sesiones, se levantara el Sr. Romero Robledo á decirnos, sobre poco más ó menos, que Cervera viene á ser en Santiago de Cuba un sobrestante que está haciendo de almirante.

Pero á todo hay quien gane, y peor, mucho peor parado dejó al sobrestante, digo, al almirante, el propio ministro de Marina.

Naturalmente, fué sin querer y de un modo que sólo la malicia puede señalar.

Cuando el Sr. Auñón y Villalín, como le llama *Gedeón*, para responder á las censuras del Sr. Romero Robledo, se encabraba con los periodistas de la tribuna, poniéndoles de vuelta y media y obligándoles á dejar la plaza como un solo Nozalada, bien fácil le hubiera sido á cualquier otro periodista de los que quedaban abajo en los escaños de rejilla decir al enfurecido ministro, cuyos furros contra la prensa maldito si le aumentarán la talla en un solo milímetro:

—Bueno, señor Auñón; pero ese señor Cervera, firmante del telegrama que ha movido toda esta tremolina ¿es algún periodista por ventura?... No, señor Auñón; ni siquiera es, que se sepa, algún antiguo compañero de usted en *La Voz del Litoral* ó alguno de los que acá, en Madrid, le han encumbrado hasta alcanzar esa cartera.

Y si son de mis ideas el temblor es de muerte. ¿Qué irán á decir, á quién descalabrarán ilustres manes de Demóstenes y Cicerón?

Si estamos desnudos, temo que la desnudez se ahonde; si unidos, que nos desnudamos. Por eso, cuando pasan dos minutos sin escuchar una heregia, creo estar soñando.

A los que temo, sobre todo, es á los eminentes desconocidos que se apresuran á sentar plaza de Castela-re siempre que se les presenta ocasión.

¡Horror! Cuando sueitan la taravilla, ni el famoso expendedor de la *pasta mineral catalana* les igualaría. Aquello es un chubasco de palabras huecas; un simon de conceptos rebuscados; una tempestad de frases hechas.

Pensar lo que dicen ¿para qué? La cuestión está en hablar mucho, no en saber lo que se habla. Conveniencias de partido, divisiones que pueden surgir, planes que pueden desbaratarse, ¿qué les importa?

Y lo gracioso es que hablan lo mismo en el café que delante de señoras; en una sala de seis metros en cuadro, que un salón de cincuenta; entre diez amigos, que ante dos mil oyentes.

El espectáculo que esto ofrece no es para relatado, y obliga á bajar los ojos al hombre sensato y preguntarse: «¿si sólo se á el hombre un animal que habla?»

Y las ambiciones que el observador descubre tras aquellos mosaicos de palabras inconexas! Allí, docientos subsecretarios; allí, ochenta ministros; allí, quince presidentes del Consejo. Todos en estado de cauto, sin probabilidades de pasar siquiera al de mosquero, pero con todas las condiciones necesarias para poner en caricatura los cargos que corresponden á los hombres de verdadero mérito.

Y no sirve que todos sepan de antemano el asunto de que va á tratarse; cada cual habla de lo que se ha

Robledo, que pasaba por hallarse harto anticuado, araba de demostrar que está de lleno en el movimiento moderno y en las vías de renovación.

La claridad, sólo la claridad, con que habló su merced el otro día, se acomodó muy lindamente al programa liso y llano de *VIDA NUEVA*, y eso es lo que me decide á decirle:

—¿Usted gusta?

—Con qué buen aire puso los puntos sobre algunas letras... No parecía que las podía, sino que las clavaba.

Y á esto es cabalmente á lo que se tira por acá: á que se alabe nuestro martillo más que nuestra pluma.

Por supuesto, que donde está el marqués de Cabriñana...

Volvamos á él, que el caso lo merece.

No ya con martillo, sino con hierro candente, pone las tildes sobre las eses mi noble é incorregible amigo.

Las cosas que ha contado y los datos que ha expuesto últimamente en el Congreso, nos pondrían los pelos de punta, si no hubiéramos tenido la precaución de cortarnos el cabello al rape, hartos ya de mesárnoslo en señal de desesperación todas las mañanas, y en señal de *autotomadura* todas las tardes.

—Este, este marqués (medirán) si que sería un gran colaborador para *VIDA NUEVA*...

—Ya lo creo! Pero dado el género que cultiva, habría que empezar por quintuplicar el tamaño del periódico.

Por eso, y aun renunciando á tan grata y honrosa compañía, me permito recomendar á Cabriñana que ocupe sus próximos ocios parlamentarios ou empresa de más magnitud y amplitud, ya que tiene datos para investigar y manejar el «documento humano» con toda la enérgica firmeza de un Emilio Zola y toda la rigida minuciosidad de un Hipólito Taine... Así como éste dotó á sus compatriotas de los famosos *Orígenes de la Francia contemporánea*, por qué hemos de quedarnos sin nuestras correspondientes *Postimerías de la España actual*?

Ya que esto se va, sépase con cuántas llagas y postemas. De fenecer lo existente, fenezca con todos los indiscretos sacramentos de la Santa Madre Historia.

Entre tanto, los sarracenos continúan molliendonos á palos, y la Providencia sigue ateniéndose á la coplilla consabida.

O como mucho antes había dicho Gómez Manrique:

... La de Dios gloriosad

Mano diestra

En las batallas se muestra

Poderosa.

Allí faze secutores

A los únicos crueldes;

Allí faze los ynfeles

Muchas vezes vencedores;

Assi que debe temer

El potente,

Pero más el evanescente

De poder.

Sin embargo, el cielo no nos abandona del todo. Por eso, cuando se levanta el sol, cuando que

Los que se ven en estas manifestaciones providenciales comienzan por *añá*; es decir, por hacer un favor á los yanquis, librándoles de uno de sus desatentados politicastros, y eso que se ha desviado algún tanto la puntería de la chispa. Vamos á ver, con franqueza: ¿qué dirían ustedes de nueve ó diez rayos que cayeran en Madrid, colateralmente repartidos y humanamente administrados?...

¡Se suplica el Te Deum!

MARIANO DE CÁVIA.

IGNOTUS INGLORIUS

Ocultas por las aguas verdosas de los mares en cárceles de nácar inmóviles y presas las madre-perlas yacen, viviendo en el silencio misteriosa existencia.

Las perlas son las gotas de sangre que derraman heridas de su cuerpo, si no siente la ciencia, y luego hasta la frente se elevan de los reyes esas gotas sangrientas.

Viviendo en el misterio también; y en el olvido luchando con amarga fatalidad extrema, el genio, ¡cuántas veces amasa con su sangre las obras que á su muerte consiernen gloria eterna?

RICARDO GIL.

LA DISCURSOMANÍA

¿Qué plagas! Casi todos los males de la política contemporánea se deben á ella.

El finjo por hablar, el deseo de hacer períodos rotundos nos pierde; así es que temblo cada vez que veo renimirse cuatro políticos en cualquier parte.

Y si son de mis ideas el temblor es de muerte. ¿Qué irán á decir, á quién descalabrarán ilustres manes de Demóstenes y Cicerón?

Si estamos desnudos, temo que la desnudez se ahonde; si unidos, que nos desnudamos. Por eso, cuando pasan dos minutos sin escuchar una heregia, creo estar soñando.

A los que temo, sobre todo, es á los eminentes desconocidos que se apresuran á sentar plaza de Castela-re siempre que se les presenta ocasión.

¡Horror! Cuando sueitan la taravilla, ni el famoso expendedor de la *pasta mineral catalana* les igualaría. Aquello es un chubasco de palabras huecas; un simon de conceptos rebuscados; una tempestad de frases hechas.

Pensar lo que dicen ¿para qué? La cuestión está en hablar mucho, no en saber lo que se habla. Conveniencias de partido, divisiones que pueden surgir, planes que pueden desbaratarse, ¿qué les importa?

Y lo gracioso es que hablan lo mismo en el café que delante de señoras; en una sala de seis metros en cuadro, que un salón de cincuenta; entre diez amigos, que ante dos mil oyentes.

El espectáculo que esto ofrece no es para relatado, y obliga á bajar los ojos al hombre sensato y preguntarse: «¿si sólo se á el hombre un animal que habla?»

Y las ambiciones que el observador descubre tras aquellos mosaicos de palabras inconexas! Allí, docientos subsecretarios; allí, ochenta ministros; allí, quince presidentes del Consejo. Todos en estado de cauto, sin probabilidades de pasar siquiera al de mosquero, pero con todas las condiciones necesarias para poner en caricatura los cargos que corresponden á los hombres de verdadero mérito.

Y no sirve que todos sepan de antemano el asunto de que va á tratarse; cada cual habla de lo que se ha

propuesto, así tenga que ver tanto con el tema como por los cerros de Ubeda.

Hay quien piensa casarse, y se arrepiente; quien ofrece dinero, y no lo da; quien se compromete á su-berlarse, y no lo cumple; más todavía: no se ha dado el caso de que deje de pronunciar un discurso el que lo tiene en cartera.

Esto es forz, horrible para la tranquilidad del resto de los mortales; mas no hay manera de evitarlo. Si no lo suelta en un Congreso, lo larga en una Asamblea; si no en un casino, en un comité; si en el café no, en la calle; de pie ó sentado; de noche ó de día, ¿Y qué resulta de aquí? Que como no siempre las circunstancias ayudan á la intención, á lo mejor se convierte en rechiffa para el autor lo que debió ser gloria, y así hay por esos rincones tantos grandes genios no comprendidos.

Ann cuando á decir verdad, esto importará poco, si esos Mirabegas de invierno no comprometerían á veces con su charla impremeditada las causas mejores y no dieran pretextos á los enemigos para echar sobre un partido faltas cuya responsabilidad corresponde exclusivamente á media docena de ambiciosillos y charlatanes.

JOSÉ NAKENS.

Estadística tributaria

ÁLAVA

Población.	92.915 habitantes.
Kilómetros cuadrados.	3.045
Habitantes por kilómetro.	31

INMUEBLE, CULTIVO Y GANADERÍA (PROVINCIA CONCERTADA)

Impuesto de minas.	6.243,58 pesetas.
Por habitante.	67,20 »
Idem de cédulas.	40.968 »
Por habitante.	0,44 »
Contribuciones directas.	858.165 »
Por habitante.	9,55 »
Timbre del Estado.	230.280 »
Por habitante.	2,48 »
Sellos, correos y telegramos.	127.578 »
Por habitante.	1,37 »
Contribuciones indirectas.	857.030 »
Por habitante.	9,32 »
Renta de tabacos.	6.620.660 »
Por habitante.	7,13 »
Loterías.	357.480 »
Por habitante.	3,85 »
Rentas y ventas (Derechos del Estado).	278.995 »
Por habitante.	3,00 »
Redenciones á metálico.	58.500 »
Por habitante.	0,65 »

EXERCICIOS CERRADOS

Reintegros.	6.766 »
Por habitante.	0,07 »
Rentas públicas en total.	2.613.633 »
Por habitante.	28,13 »

OFICINA QUE SE CANTABA EN LA PRIMERA GUERRA CIVIL.

Leer á los generales

sólo á la victoria nos guían;

sólo en España podrían

tejer el nombre de tales.

Ingeniosidades lúgubres.
«La palabra *añá*—nos dice un fúnebre y cachazudo colaborador—es de triste actualidad. Porque los gobiernos españoles se *añá* á la bebida.
Se *añá* á la comida.
Se *añá*, ni diablos.
Se *añá* á la fuga.
Se *añá* á la derrota.
Se *añá*! ¡Señal!»

Dos ó tres viejos se dedican á decir en los periódicos que no hay juventud en España. Se parecen á esas bestias desconocidas que se pasan horas y horas en el pórtico de la iglesia diciendo: —Señora María, ¡qué tiempos aquellos! ¡El Señor nos valga! Esto está perdido...

No hay juventud, no y no.
Porque la juventud se encuentra no está en el Parlamento infestado por ancianos decretos de 30 y de 40 y de 50 y de 60 años.
Ni en los Ministerios mandados por viejos pergamineos.
Ni en las academias regidas por obra de pelucones y vejeterios.
Ni en la prensa mandada por espíritus viejos.
Ni en la literatura, gobernada por lo general, por negociantes pusilánimes y momias desencarnadas.
No hay ni juventud. Porque la verdadera juventud estudia, calla, espera.

Se trata de nombrar general en jefe de España al general *No importa*. El decreto aparecerá de un momento á otro en la *gaceta*. El general *No importa* irá vestido con uniforme novísimo: irá desnudo.

El Estado Mayor se compondrá de los generales:
No *importa* que se junten las cometas.
No *importa* que nuestras nebulas se tiban del color rojo de nuestra bandera ó de la palidez blanda del galeno.
No *importa* que muramos.
No *importa* que venga el *arabás*.

Ha muerto el ilustre Tamayo.
Suena el nombre de un insigne escritor para lo vacante de Director de la Biblioteca Nacional.
Luchando en la gran batalla por la consecución el puesto:
D. Amos Salvador, autor de un tratado del *Jacno de palata*, director de la Tabacalera; exministro de Hacienda; financiero, miembro de diferentes comisiones de Aranceles, linas, cueros, etc., etc. Y además... presidente del Circulo de Bellas Artes y Académico de la San Fernando.
Varios políticos y politicantes que no saben leer.
Infinitud de señores de comisión.
Multitud de tertulianos del Sr. Sagasta.
Reunidos de progresistas y conservadores que felicitan á D. Praxedeos el día de San Praxedeos.
Varios generales, brigadieres y coronetes.
El Sr. Rula y Lirizado.
Y un tal Menéndez Pelayo.

SAGASTA GEÓGRAFO

—D. Praxedeos—preguntó poco antes del desastre de Cavite al Sr. Sagasta un tertuliano del—¿está fortificada la isla del Corregidor?

—¿Dónde está eso?

—En la entrada de Manila.

—¿Ahí Pues cree que así... Oiga Pablo... Ese expediente.

—D. Praxedeos, hay defensas en Cavite.

—¿Por dónde crees eso?

—Pues...

—¡Ah! Si, sí... Oye, Cruz (guarda Pablo! Muchísimo cuidado con que no me derroten á Pérez y Gómez en Torrelodones y á Ber-ganzer en Agutireño Cochos... ¿Que no me toquen á los cuernos aunque me toquen á la maraña!

A título de curiosidad reproduzco estas líneas que nos dirige persona digna de crédito. Nadie podrá negar la *paternidad* de ellas tratándose como se trata del príncipe Sr. Paterno.
Muy señor mío. He sabido el nombramiento presunto del Sr. Paterno para *Príncipe de Mipino*. Me apresuro á poner en su conocimiento que el primer capitán del departamento de Hacienda que ha de figurar en el discurso del trono del Sr. Paterno, será éste: El aquiter de mi casa que no pagó.

Varias cuentas de diferentes *Sanpapietas* que quedaron por pagar.

Varias trusterías mías.

Suyo afectísimo,

I. I. P.

R. S.

Crónicas mundanas.

—«Se anuncia el próximo matrimonio de la bellísima hija de un defraudador del Estado que ha sido ministro tres veces en tres Gobiernos distintos, con el distinguido heredero de un antiguo funcionario encausado por timador hace treinta años, y hoy eminente hombre de Estado y marqués seis veces.»

—«Dentro de un mes se verificará el enlace del marqués viudo de la Bola, con la hija de un ex-ministro de Ruiz Zorrilla, de Castelar, de Cánovas y de Sagasta, que hace poco ha sido agraciado con el título de duque del Puntillo.»

—«El jueves se expondrá al público el magnífico *trousseau* de la popular señorita de Allavoy, que no había podido casarse hasta ahora y cuya dote se evalúa en 12 millones, con el eminente vago D. Ambrosio Colilla, conocido en los cafés de Madrid con el apodo de *El Buscavidas*. Los novios irán á vivir á la magnífica posesión de los padres de la novia en Zamora. Hay ascensor.»

—«Un distinguido novillerq que habla cinco lenguas vivas y toma lecciones de latín por las mañanas, contraerá matrimonio en la semana próxima con la viuda de un general que no se pronunció más que nueve veces y dejó un capital de dos millones y medio en acciones del Banco. Después de la boda habrá baile en el Vivero. Asistirá el cuerpo diplomático.»

—«La anunciada boda de la señorita de la Glicerina con el conocido cuerno D. Blas Cuco, se ha deshecho porque al celebrarse el contrato, el novio observó que en la dote de su bella prometida faltaban 19 pesetas. Se ha acudido á Roma á ver qué procede.»

Vienen luego las comidas, fiestas y bailes.

—«Los martes del conde del Papa (antes Manolo Bocas), senador gaitualico y futuro académico, continúan siendo el *rendez-vous* de las *sommités* del todo Madrid que se respecta. Anoche había que entrar en los salones con calizador, y se estima en 2.000 personas el número de los dichosos que habían conseguido una invitación. Los poetas de la casa dijeron odas, sonetos, baladas, orientales y villancicos. Algunas señoras se pusieron malas. El conde vestía de negro con cabos de oro.»

—«Gran baile el lunes pasado en el hotel de los barones de la Fumarada. Este título portugués, concedido hace poco al ilustre banquero que ha tallado su puerta durante quince años, es objeto de general elogio. La baronesa llevaba vestido *chíné* y los convidados le preguntaron á donde iba. Muchos hombres políticos, de los que le piden dinero para las elecciones. El *clon* de esta source fueron las sevillanas bailadas por la señorita de la casa, jaleada por tres ministros cesantes y un yerno, que había estrenado un terno.»

—«Los salones del Casino Pesimista, en el que se han lustonado todos los partidos políticos de la nación, estaban anoche hechos un ascua de oro. La aristocracia nueva, la alta banca, el clero castrense, las letras, las stitabas, la industria, el comercio, el belericio, la literatura, el hogalatero, el chufiero, el horchatero, el obrero, el lacero, todas las clases sociales acudieron allí y bailaron, y cenaron, y se codearon hasta la hora en que salen á trabajar los tontos.»

—«En la casa de don Juan de la Cruz, de la Plaza de la Cárachá, de las Bocas de la Isla, del Tremedal, de Casa-Mojos y Casa-Peñas.

Marquesas del Aguadocho, Pierasmoa, Fusile-ria, Nometotes, Andacoenlla, Yavamos, Espe-juelos, de la Zarzaparrilla, del Abalorio y de la Trucha.

Condesas del Fuelle, del Hornillo, de Casa-Galera, del Abamco, de Amadeo, de Plonono, de Haili, del Párol, de la Traca y del Hueso Palomo.

Del sexo leo (sin ofender á nadie) recordamos á los marqueses, condes, barones, vizcondes (todos de los de veinte años acá), y señores de Voivengo, de la Evolución, Puerto de Arlaban, Botones, Bombita, Sonbrón, Zurupeti, Viñape, Molina, Minuto y otros diplomáticos.

EUSEBIO BLASCO.

¿LOS FRAILES?

Un siglo nos han estado diciendo que gracias á los frailes gobernábamos y domábamos las Filipinas...